

La estabilización del capitalismo mundial

León Trotsky

1925

(Versión al castellano desde “La stabilisation du capitalisme mondial”, en *Europe et Amérique. Où va l’Angleterre?*, Éditions Anthropos, París, 1971, reimpresión de la edición de La Librairie de l’Humanité de 1926, páginas 107-110. Extractos de un discurso pronunciado el 25 de mayo de 1925)

El camarada Varga ha planteado este interrogante: ¿las fuerzas productivas capitalistas están en vías de desarrollarse? Después ha establecido el balance de la producción de 1900, 1913 y 1924, para Norteamérica, Europa, Asia y Australia. La cuestión de la estabilización del capitalismo no se resuelve así. Así no se puede medir la situación revolucionaria; se puede medir la producción mundial, pero no la situación revolucionaria porque, bajo las condiciones históricas actuales, la situación revolucionaria en Europa viene determinada en gran medida por el antagonismo de la producción norteamericana y de la producción europea, así como por la relación de la producción inglesa y alemana, la competencia entre Francia e Inglaterra, etc. Son estos antagonismos los que determinan directamente la situación revolucionaria, al menos en sus fundamentos económicos. No es dudoso que durante estos últimos diez años hayan crecido las fuerzas productivas en Norteamérica igual que en Japón e India. Pero ¿y en Europa? En Europa, en su conjunto, no han crecido. La cuestión esencial, que es que Norteamérica y, en cierta medida, Japón, empuja a Europa hacia un impase y cierra toda salida a sus fuerzas productivas que aumentaron parcialmente durante la guerra, no puede llegar a resolverse haciendo la suma de la producción sino analizando los antagonismos económicos.

Cierto que no se trata de que Norteamérica llegue a organizar el caos del mercado mundial y asegurar así la estabilidad del capitalismo para muchos años, si no para siempre. Por el contrario, al hacer refluir a los países europeos a sectores cada vez más restringidos, Norteamérica prepara una agravación sin precedentes de las relaciones internacionales, de sus relaciones con Europa y de las relaciones interiores de Europa. Pero en el actual estadio de desarrollo alcanza una parte de sus objetivos imperialistas de forma “pacífica”, casi “filantrópica”.

El Plan Dawes (aplicado oficialmente en Alemania y para el que Francia está madura) comenzó a ser proyectado por Inglaterra, al menos parcialmente. Cierto que de ello no se deriva que Norteamérica logre llevar a buen puerto la “dawescización” de Europa. No se trata de eso. Por el contrario, la “dawescización”, que hoy en día le confiere preponderancia a las tendencias “pacifistas”, hace todavía más intolerable la situación de Europa y prepara formidables explosiones revolucionarias.

Pero al restaurar sus funciones económicas elementales los países europeos resucitan sus antagonismos y chocan unos con otros. Como la potencia de Norteamérica comprime el proceso de restauración de Europa dentro de marcos restringidos, los antagonismos que llevaron a la guerra imperialista pueden renacer antes de la vuelta de la producción y del comercio a su nivel de preguerra. A pesar de las apariencias, lo que se produce bajo el control financiero de Norteamérica no es una atenuación sino una agravación de las contradicciones internacionales.

Toda la “colaboración” pacífica de Norteamérica e Inglaterra para Norteamérica consiste en ir haciendo retroceder a Inglaterra cada vez más, empleándola como guía,

como intermediario, en el dominio diplomático y comercial... La importancia relativa de la economía inglesa, y en general de toda la economía europea, está decreciendo en el mundo mientras que la estructura económica de Inglaterra, Europa Central y occidental surgió de la hegemonía mundial de Europa y exige esa hegemonía. Esta contradicción irremediable, fatal, es la premisa económica de una situación revolucionaria en Europa. En consecuencia, caracterizar la situación revolucionaria sin tener en cuenta los antagonismos de Estados Unidos y Europa me parece cosa imposible y el error esencial del camarada Varga.

La estabilización de la libra esterlina es incontestablemente un elemento de “orden”, pero al mismo tiempo muestra muy bien el declive general de Inglaterra y su dependencia frente a Estados Unidos.

En nuestras apreciaciones tenemos de desembarazarnos de nuestro provincialismo europeo. Antes de la guerra nos representábamos a Europa como la dueña de la suerte del mundo y concebíamos la cuestión de la revolución de forma nacional, provincialmente europea, según el programa de Erfurt. Pero la guerra mostró y reforzó la indisoluble ligazón de todas las partes de la economía mundial. Este es un hecho esencial, y nadie puede representarse la suerte de Europa al margen de las relaciones y contradicciones de la economía mundial. Y cada día, cada hora, nos muestra el crecimiento de la potencia norteamericana en el mercado mundial y la dependencia en aumento de Europa respecto a Norteamérica. La situación actual de Estados Unidos recuerda en determinadas relaciones a la de Alemania antes de la guerra. Norteamérica también es un recién llegado, que llegó cuando el mundo ya estaba repartido. Pero Norteamérica se distingue de Alemania en que es infinitamente más potente que esta última y puede realizar muchas más cosas sin recurrir a la fuerza de las armas. Ha obligado a Inglaterra a romper su tratado con Japón. ¿Cómo lo ha hecho? Sin desenvainar la espada. Ha obligado a Inglaterra a reconocer que la flota norteamericana debe ser igual que la suya y a renunciar, así, a su supremacía naval. ¿Cómo lo ha logrado? Mediante una presión económica. Le ha impuesto a Alemania el Plan Dawes. Ha obligado a Inglaterra a pagarle sus deudas. Empuja a Francia a hacer lo mismo y, con ese objetivo, la incita a volver a una moneda estable. ¿Qué significa todo ello? Un nuevo impuesto gigantesco sobre Europa en beneficio de Norteamérica. Continúa el desplazamiento de las fuerzas de Europa hacia Norteamérica. Aunque la cuestión de las salidas de los mercados no sea primordial, Inglaterra ha hecho de ella una cuestión de vida o muerte y no logra resolverla. Su organismo está minado por la gangrena del paro. El estado de ánimo de sus medios económicos y políticos está impregnado del más sombrío de los pesimismo.

El “peligro” no radica en que Europa pueda llegar a una estabilización, a una regeneración de las fuerzas económicas del capital que postergaría la revolución a una fecha lejana, indeterminada. Lo que es de temer es que tengamos que enfrentarnos con una situación revolucionaria en un futuro tan cercano que todavía no hayamos tenido tiempo para formar un partido comunista fuertemente templado. He ahí el punto sobre el que necesitamos concentrar nuestra atención.

Visita nuestra página: www.grupgerminal.org

Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es

Valencia, mayo de 2017

Edicions internacionals Sedov

